

dark*star

A

dark★star

BETHANY FRENETTE

Traducción de Cynthia Leskovec

Frenette, Bethany

Dark Star. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :

El Ateneo, 2015.

384 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Cynthia Leskovec

ISBN 978-950-02-0902-1

1. Literatura Juvenil Estadounidense. I. Leskovec, Cynthia ,
trad. II. Título

CDD 813.928 3

Dark Star

Copyright © 2012 by Bethany Frenette

Traductora: Cynthia Leskovec

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: agosto de 2015

ISBN 978-950-02-0902-1

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

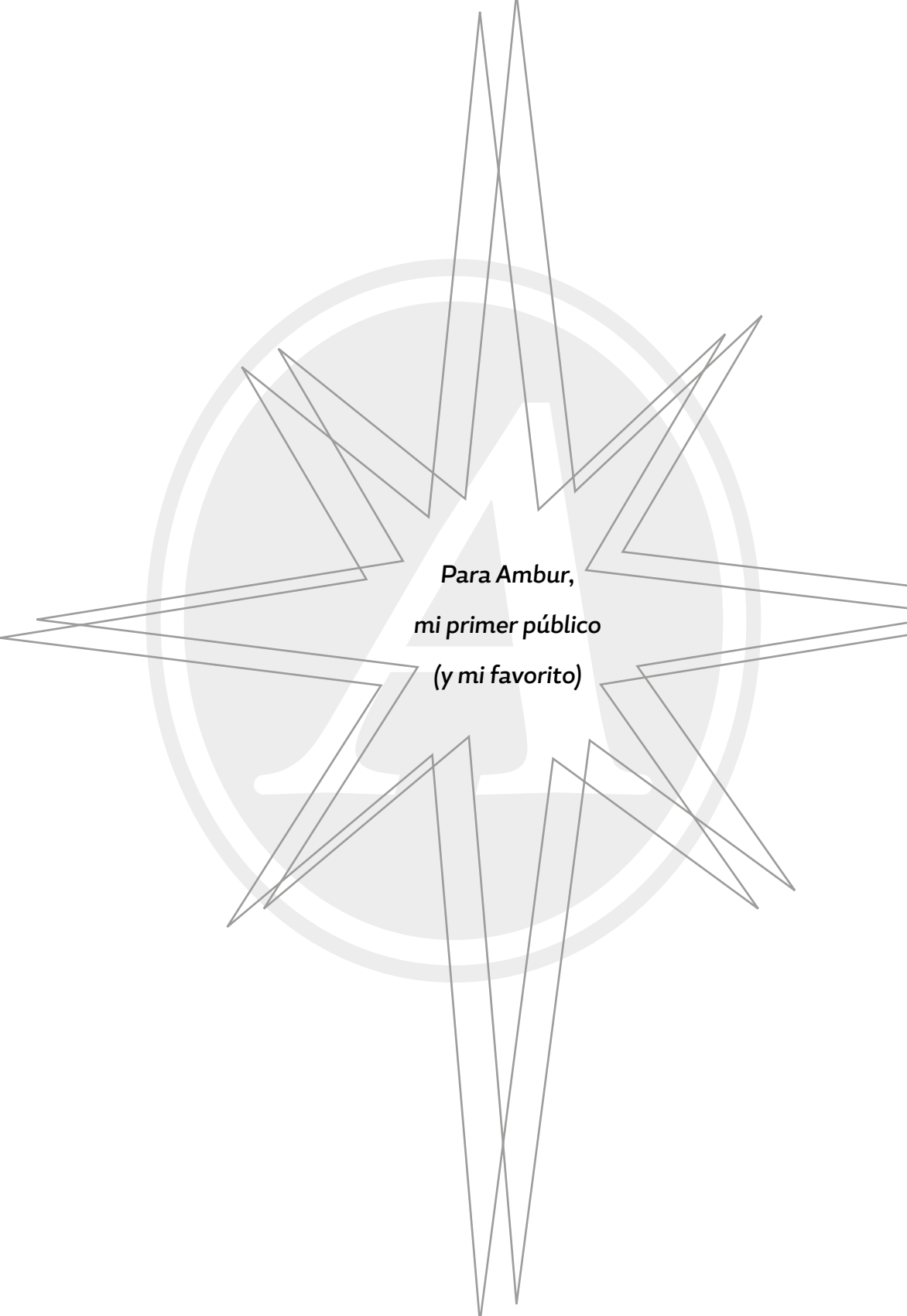
Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

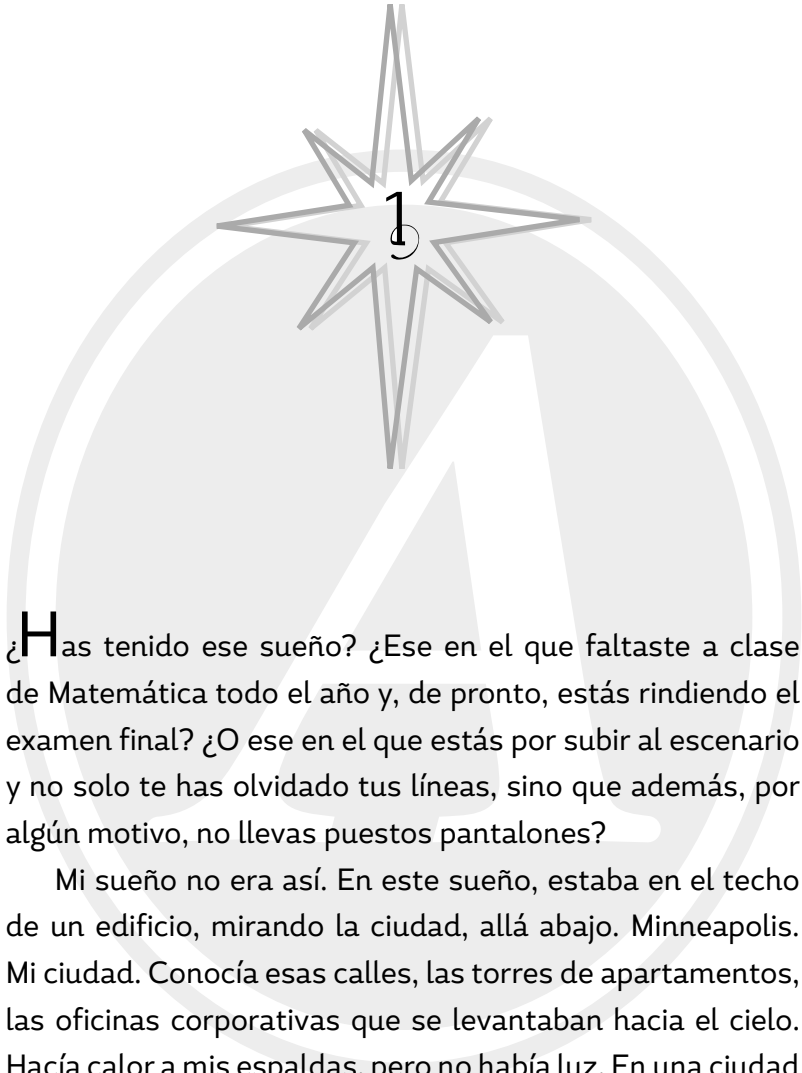
en agosto de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



**Para Ambur,
mi primer público
(y mi favorito)**



¿Has tenido ese sueño? ¿Ese en el que faltaste a clase de Matemática todo el año y, de pronto, estás rindiendo el examen final? ¿O ese en el que estás por subir al escenario y no solo te has olvidado tus líneas, sino que además, por algún motivo, no llevas puestos pantalones?

Mi sueño no era así. En este sueño, estaba en el techo de un edificio, mirando la ciudad, allá abajo. Minneapolis. Mi ciudad. Conocía esas calles, las torres de apartamentos, las oficinas corporativas que se levantaban hacia el cielo. Hacía calor a mis espaldas, pero no había luz. En una ciudad de alrededor de cuatrocientos mil habitantes, parecía que el silencio pesaba. Que estaba muerto.

Me rodeaba la oscuridad de los altísimos edificios. Las calles vacías iban desapareciendo en rampas y autopistas

hasta tocar el horizonte. No había estrellas en el cielo vacío. Yo estaba de pie y respiraba, y el silencio se acumulaba alrededor de mí.

Después, un halo de luz. Un círculo que se expandía y llegaba a tocar los edificios, las aceras, los autobuses y taxis vacíos, desperdigados por las calles. Un destello y nada más. Otra vez la oscuridad.

Luego, ruido, un ruido que me atravesaba el cuerpo, horadando la noche y la oscuridad, la quietud y el calor a mis espaldas. Como una explosión muy abajo, debajo de las raíces de los árboles que demarcaban los parques, debajo de las calles más viejas de la ciudad y las alcantarillas. Abajo.

Uno a uno, los edificios se desplomaron. No como fichas de dominó ni una fila de naipes; no tenía la inocencia de esas imágenes. Los vidrios estallaron. Los ladrillos cayeron al suelo. Escuché el chirrido y el crujido del metal y el hormigón a medida que las casas se derrumbaban. Luego colapsaron los hoteles y los complejos de apartamentos, los bares y los restaurantes y las tiendas. Se quebraron las ramas de los árboles. Se doblaron los postes de luz. Se oscureció y se secó el río, y había olor a sangre en el aire. Quedaba solamente yo. Y yo sabía. Yo había hecho eso.

Miré hacia abajo. Vi fuego. Fuego en mis manos.

Si Abuelita hubiese estado viva, me habría recordado que la mayoría de los sueños no son proféticos, incluso cuando tienes un Saber. Me habría recordado las pesadillas que tenía cuando era pequeña, en las que los monstruos se

arrastraban desde las sombras con ojos fríos e imperturbables. Abuelita entonces me decía que esos sueños nunca se hacían realidad. Ahora me habría recordado que tener un Saber no era sinónimo de estar siempre en lo cierto.

Pero tampoco era que todas las noches soñaba que destruía una ciudad entera. Me desperté temblando y con escalofríos. Afuera, los primeros tonos grises de la mañana empujaban la oscuridad, y escuché el canto de los pájaros en los árboles. Me levanté de la cama, fui hasta la ventana y apoyé las manos en la persiana.

Oí una voz y me di vuelta, buscando en la semioscuridad de mi cuarto. Alguien había hablado. Alguien había dicho mi nombre y luego... Un susurro.

—Voy a contarte un secreto, Audrey. No lo olvides.

—¿Abuelita? —pregunté mientras buscaba y no veía nada.

—Busca la luz.

Seguía soñando.

Luego, cuando el sueño continuó:

—¿Qué recuerdas?

Mi recuerdo más vívido de Abuelita eran las caminatas. En verano, todas las mañanas caminábamos por las calles somnolientas en las que el tráfico era escaso. Seguíamos senderos que se adentraban en parques, rodeaban lagos, y sentíamos el sol matutino en la piel. Salíamos justo después del amanecer, ese momento de la mañana en que el cielo es del color de las lilas y apenas empieza a asomar la

luz. Caminamos todos los veranos desde que yo tenía ocho años hasta que ella murió.

Y, mientras caminábamos, me contaba secretos.

—Audrey —me decía, con una sonrisa—, escucha: voy a contarte un secreto.

Yo me inclinaba hacia ella y sentía la diferencia en el aire, como si sus palabras produjeran un hechizo alrededor de nosotras.

Ella solía decir que los secretos tenían una suerte de magia, pero solo cuando se guardaban. También me decía que no dijera nada, incluso cuando se trataba de un simple recuerdo o una idea que no quería que nadie repitiese. Y yo no decía nada. Entendía eso de los secretos, cómo abrazarlos, cómo atesorarlos. Era una de esas cosas que crecí sabiendo.

Algunos de los secretos eran reales.

—Voy a contarte algo muy especial —me dijo Abuelita una mañana, a mis ocho años—. Voy a contarte quién eres.

—Soy Audrey —contesté.

Ella sonrió y se detuvo para tomarme la cara con ambas manos.

—Sí. Pero ese no es el nombre con el que naciste.

Yo era chica, pero no tanto como para no entender lo que eso implicaba. Fruncí un poco el ceño y levanté la cabeza para mirarla.

—¿Soy adoptada? —pregunté. Mi mejor amigo, Gideon, era adoptado, y se me ocurrió que yo también podía serlo.

La risa de Abuelita fue suave y musical.

—No, no eres adoptada. Pero eres un secreto. —Y en ese momento me llevó a casa y me mostró mi certificado de nacimiento para dejarme tranquila.

Esther Audrey Whitticomb.

Levanté la cabeza y la miré todavía con el ceño fruncido.

—Esa eres tú, por supuesto. Me pareció que era hora de que supieras tu nombre.

Entré en pánico y se me hizo un nudo en la garganta. Me había dicho que yo era un secreto, pero no me había dicho por qué.

—Abuelita... —insistí—, ¿fui un accidente?

Me tomó las manos con las suyas, esas manos suaves que apenas empezaban a arrugarse. Abuelita nunca fue anciana del modo en que lo son las abuelas en las películas, pero empezaba a parecer que estaba bajo presión, algo agotada. Todavía tenía el cabello rubio, con apenas una pizca de gris, y largo; lo llevaba en una trenza que le caía por la espalda. Pero una parte de mí —tal vez, mi Saber— me decía que nuestros momentos juntas estaban contados; una cuenta regresiva. Sabía que tenía que recordar cada detalle, cada cosa que me contara. Y cuando le pregunté si yo había sido un accidente, sonrió para responderme:

—No, cariño, no fuiste un accidente. Pero eres un secreto. El mejor de los secretos.

Nunca me explicó lo que quiso decir.

—¿Qué recuerdas?

“Todo, Abuelita. Todo lo que me contaste”, quise decirle. Me acuerdo de todo. Las caminatas. El suelo que pisaba. El

olor a tormenta. El cielo rojizo de verano. Los secretos y los errores.

Pero el sueño empezaba a diluirse. Y la luz que me bañaba los ojos no era la luz que ella quería que yo encontrase, sino el sol.

Me había quedado dormida otra vez.





¿Cuál es la verdad? Incluso sin los nombres ocultos y los secretos que Abuelita me susurraba al oído, mi vida no hubiese sido normal.

Es imposible ser normal cuando tu mamá se va de casa todas las noches apenas cae el sol y regresa cuando despunta el amanecer, como una especie de vampiro, o cuando es lo suficientemente fuerte para doblar el cañón de una escopeta con apenas girar la muñeca. Cuando tu mamá es una superheroína, la palabra “normal” no está en tu vocabulario siquiera.

Por supuesto, a mamá nunca le gustó el término “superheroína”, pero vi suficientes dibujos animados y leí suficientes historietas para saber que la descripción cuadra. Y me prohibió terminantemente que me refiriera a León como su adlátere. Eran guardianes, según explicaba. Guardianes de las Ciudades Gemelas; aunque ella tenga dificultad para

recordar cosas como las citas con el dentista, y León no sea más que un estudiante universitario que trabaja en una pastelería.

Guardián. Superhéroe. Hacía tiempo había decidido que eran casi lo mismo. Guardián no era más que el término preferido. Es decir, mamá incluso tenía un álter ego. Las Ciudades Gemelas no conocían su verdadero nombre, así que le dieron otro. La llamaban Morning Star, que significa “estrella matinal”, el lucero del alba.

Esa era la otra faceta de mamá: una silueta encapuchada que se movía en la oscuridad. La llamaban vigilante, heroína, amenaza, mito.

La mayoría de los adultos que yo conocía decían que no creían en su existencia, pero en la escuela se hablaba de ella. Corrían rumores y exageraciones, casi todos hacían referencia a cosas que no había manera de que mamá hubiese hecho, como detener un tren con las manos o salvar a todo un vecindario de las inundaciones de primavera. Morning Star era una fantasía, un cuento que se contaba a los niños. Igual que Papá Noel, el Ratón Pérez o el Hada de los Dientes. Cuando me acorralaban, me jactaba de no creer.

Oficialmente, mamá trabajaba en una empresa de seguridad privada en el centro de Minneapolis: H&H Security. Extraoficialmente, se dedicaba a eso de ser guardián y vivíamos de su herencia y sus inversiones. Cuando yo tenía ocho años, nos mudamos a una casa gigante que heredó Abuelita, así mamá no tenía que preocuparse por los vecinos entrometidos. Para casi todo el mundo, siempre fuimos Lucy y Audrey Whitticomb, madre e hija normales. Eso

significaba que teníamos que esforzarnos incluso más para mantener el secreto.

No siempre lo conseguíamos. Mi amigo Gideon descubrió la verdad sobre mamá cuando yo estaba en tercer grado. Mamá nos llevaba a casa después de la clase de artes marciales cuando un camión cruzó un semáforo en rojo. No nos chocó muy fuerte, pero sí lo suficiente para sacudirme contra el asiento de adelante. Apenas terminamos de cruzar, mamá detuvo el automóvil a un costado y luchó para sacarnos. Para abrir la puerta del lado de Gideon, la arrancó de un tirón. Después de eso, digamos que tuvimos que contarle.

Mamá estuvo preocupada durante varias semanas. No estaba segura de que Gideon fuese capaz de guardar el secreto. Pero Gideon no había pasado por la etapa de las historietas como yo y, aunque le gustaban mucho los dibujos animados de superhéroes como a cualquier niño, era lo suficientemente astuto para saber que es mejor guardar ciertos secretos. Nunca le contó nada a nadie.

Desde un principio supe que iba a estar todo bien. Desde que Gideon y yo nos conocimos, me di cuenta de que era una persona especial. Fue quien me hizo descubrir mi Saber. Cuando mi familia se mudó a Minneapolis, Gideon estaba en mi clase de segundo grado. Entré y ahí estaba, sentado en la primera fila, con una sonrisa: un chico como cualquier otro que hubiese conocido, con una melena oscura, la cara que gritaba “travesuras” y las piernas cubiertas de costras. Pero irradiaba luz. Una luz brillante y resplandeciente, como un sol atrapado en una burbuja de nieve.

Un tiempo después, Abuelita me explicó que yo lo estaba leyendo, que ese era mi Saber. Abuelita lo tenía; mamá,

un poco, y yo también. Me dijo que cuando mirara a determinadas personas, yo iba a saber. Me sentiría atraída por algunas e incluso otras me repelerían. Y en ese momento supe, antes de que pasara otra fracción de segundo en el universo, que Gideon y yo seríamos amigos. Ni antes ni después de esa ocasión supe algo con tanta seguridad. Nunca volví a ver su aura, pero sabía que estaba allí; del mismo modo en que sabía que no revelaría nuestro secreto.

No sé bien por qué se preocupó mamá. Incluso los que no tienen un Saber entienden lo de Gideon. Cuando éramos pequeños, nadie le hacía bromas. Nunca lo molestaban ni hundían su cabeza en el baño ni ninguna de esas cosas que hacen los pequeños caníbales en la escuela primaria cuando deciden comerse a sus pares. Y, año tras año, Gideon siempre era el preferido de la maestra, sin ni siquiera ganarse el odio del resto de la clase; cargaba con la maldición de ser universalmente adorado.

Ni siquiera lo odié por estar ciento por ciento despierto y alegre un lunes por la mañana, sentado en la cocina de mi casa comiendo panqueques, mientras yo bajaba de mi habitación todavía cansada y aturdida por el sueño que había tenido.

Y no lo odié por mirarme, suspirando, y luego decir:

—Veo que estás marcando la tendencia de salir de la cama y ponerte en la ropa del día anterior. Y es tarde.

Me serví un vaso de jugo y me senté junto a él, refregándome la cara con las manos. Incluso en un día bueno, las horas de la mañana no son de las más lúcidas para mí.

Esa mañana, había hecho exactamente eso de lo que Gideon me acusaba: salir de la cama, ponerme el pantalón que

había dejado tirado en el piso, recogerme el cabello en una coleta y tomar la primera camisa limpia que manoteé en el armario.

—Podrías haberme despertado —le reclamé y tomé un tenedor para robarle un bocado de panqueque.

—¿Y arriesgarme a tener otro ojo amoratado? Ni loco.

—Ni siquiera yo soy tan audaz —acotó mamá y me miró. Ella y yo nos parecíamos: los mismos ojos marrones y pequeños, la nariz recta; pero yo tenía una maraña de rulos castaños y ella tenía el cabello lacio y rubio sujetado muy prolijamente con un rodete. También parecía mucho más alerta que yo, aunque había estado despierta toda la noche.

Le hice una seña sutil con la mano. Estaba sentada del otro lado de la mesa, hojeando una revista y bañando sus panqueques con almíbar. Como a la tarde ella dormía y se ausentaba casi todas las noches, el desayuno era la comida que compartíamos. Se inclinó hacia adelante, me tocó el hombro y me preguntó:

—¿Está todo bien?

—Soñé con Abuelita —respondí, temblando. Pensé en ladrillos y cemento, edificios altos que se derrumbaban. Pero era lunes por la mañana, y el sol matutino iluminaba la cocina. No quería pensar en sueños oscuros. Bebí un sorbo de mi jugo y agregué—: Ella opina que tienes que dejarnos ir a la cabaña este fin de semana.

Hacía tiempo había descubierto que era imposible vencer a un guardián de que se tomara vacaciones, incluso apenas un fin de semana. Como mamá se pasaba las noches merodeando callejones oscuros y calles sucias, no

le cabían dudas de que el mundo era un lugar lleno de maldad, pero yo había conseguido convencerla de que Gideon y yo debíamos ir a la cabaña de la familia, preferentemente antes de que llegara el invierno y el lugar quedara enterrado bajo tres metros de nieve. Como ya estábamos en medio del otoño, no nos quedaba mucho tiempo.

Ahora ni siquiera levantaba la vista de la revista.

—Mi hija adolescente, a solas con un chico durante tres días, en la cabaña del lago. Me parece que... no. Gracias por participar.

—Tengo dieciséis años, no doce. De todas maneras, Gideon no cuenta como “un chico”.

—¡Oye! —Gideon me pinchó la mano con el tenedor. Me cayó almíbar por los dedos, pero lo ignoré.

—E incluso si contara, no estás en toda la noche. Podríamos tener todo el sexo que quisiéramos aquí mismo.

Cuando dije eso, mamá levantó la vista y me fulminó con la mirada. Una de esas miradas que implican que mi comentario le había caído casi tan bien como mi sugerencia de que usara algo un poquito menos obvio que una chaqueta negra con capucha y una estrella blanca y brillante en la espalda. (Regla 47 de vivir con un superhéroe: “No criticar su atuendo”).

—Mamá —continué—, sabes que Gideon y yo somos amigos, nada más.

Volvió a poner la atención en la revista.

—Ajá. Aun así, no.

—Bueno, lo que pasa es que... no me corresponde a mí decirlo, pero la verdad es que Gideon es gay.

Eso suscitó más ataques con el tenedor.

Mamá sonrió.

—Lo escuché durante muchos años soñar despierto con esa chica Brooke como para creer eso, pero buen intento.

—Es reciente —expliqué mientras movía la mano, a salvo, lejos de Gideon, y me sentaba al otro lado de la mesa—. Pero si no somos nosotros lo que te preocupa, ¿por qué no podemos ir a la cabaña? No tienes pensado usarla, ¿cierto? ¿No tienes planes perversos que frustrar y malhechores que castigar?

—Se les hace tarde para la escuela.

—Estás evadiendo la pregunta.

Cerró la revista y la arrojó sobre la mesa.

—Porque soy tu madre y lo digo yo. ¿Sigue funcionando eso? O, si no, porque soy más fuerte que tú y puedo encerrarte en una jaula si quiero.

—Seguramente el Departamento de Protección Infantil tenga algo que acotar al respecto —respondió Gideon, aparentemente perdonando mis comentarios anteriores. Eso sumaba a mi incapacidad para odiarlo: él nunca guardaba rencores.

—No es buen momento, Audrey —continuó mamá, y se le frunció el ceño levemente. Por su tono de voz, me di cuenta de que estaba a tres segundos de otro de sus discursos sobre que “el mundo está lleno de peligros y muerte”, así que decidí dar el primer golpe.

—Estaría más a salvo en la cabaña que en Minneapolis. Nevis tiene una población de ochenta y seis habitantes, y estoy casi segura de que nunca asesinaron a nadie ahí. —En realidad, no tenía idea de cuántos habitantes tenía Nevis, pero sonó a que estuve cerca.

—Siempre existe la posibilidad de que nos ataque un oso —sugirió Gideon, siempre tan útil.

Le di un golpe en la nuca.

—No estás ayudando en absoluto.

—Y tú no estás ganando esta discusión —replicó mamá—. No quiero que te alejes ahora. Necesito que estés cerca de casa.

Eso me llamó la atención.

—¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Nada por lo que tengas que preocuparte —dijo mamá, que respondía eso cada vez que le preguntaba por su trabajo. Antes de que yo pudiera insistir con el tema, se levantó de la mesa, salió de la cocina y se detuvo en la puerta para decirme algo por encima del hombro—. Tengo una reunión esta tarde, pero no salgas cuando vuelvas de la escuela. Tenemos que hablar.

—Es un mal presagio —le comenté a Gideon mientras me subía a su automóvil.

El aire matinal era fresco, pero se sentía la humedad que contenía, la amenaza del calor que se avecinaba. Era como si el verano no se hubiese ido del todo, aunque todos los árboles se habían puesto anaranjados y marrones y había hojas desparramadas por las calles.

—¿Qué?

—“Tenemos que hablar” —repetí—. Es la frase.

—Parece que alguien está en problemas.

Suspiré. Tenía una idea de lo que se trataba. El compañero “de trabajo” de mamá, León, creía que yo no tenía que

andar leyéndoles la suerte a mis compañeros de escuela. Y últimamente había estado hablando al respecto.

—León quiere impedir que lleve las cartas de adivinación a la escuela. Dice que la gente va a empezar a hacer preguntas.

Gideon se encogió de hombros.

—Tampoco es que adivinas el futuro —respondió mientras tomaba la carretera que pasaba por nuestras casas y nos llevaba a la secundaria Whitman. Eran pasadas las ocho. Íbamos a llegar veinte minutos tarde incluso si aceleraba, cosa que Gideon no hacía nunca.

Empezar la semana con una llegada tarde y los jeans de ayer: otro mal presagio. En cuanto a eso de adivinar el futuro...

—Es cierto —admití.

—No adivinas el futuro, ¿verdad?

—Adivino que esta no será la última llegada tarde a la escuela Whitman —respondí. No le conté sobre mi sueño, el vacío que me presionaba el pecho, una noche sin luna ni estrellas. Se sentía como una especie de futuro que aguardaba en el horizonte.

—¿Y qué problema tiene León entonces? —preguntó Gideon.

—Dice que estoy usando muy abiertamente mis poderes.

Poderes. Así se refería León a mi Saber. De la misma manera en que se refería a la fuerza de mamá y a la extraña habilidad que él tenía para transportarse a distintos lugares. Últimamente me había encontrado deseando que se teletransportara a un lugar muy lejano por accidente; por ejemplo, el sol.

—Tampoco estás cobrando por adivinar el futuro ni nada por el estilo —agregó Gideon—. Además, nadie lo toma en serio.

—E incluso si me creyeran, pensarían que son las cartas, no yo.

Abuelita me había regalado las cartas de adivinación hacía cinco años. Me dijo que existía solo una docena de esas cartas en todo el mundo y la mitad se había perdido. Ella tenía uno de los dos pares ubicados cerca del círculo astral y me lo había regalado.

Abuelita siempre me decía que las habilidades que teníamos eran dones. Ella creía que había que alentarlas, tratarlas con respeto. Las cartas de adivinación eran una manera de reforzar mi Saber: eran una baraja de cincuenta y una cartas que me permitían concentrar mis pensamientos y mi energía en una tarea en particular. Me gustaba ver el interior de las personas y dudaba de que alguien empezara a hacer preguntas. Con excepción de Gideon, no le había contado sobre mi Saber a ninguno de mis amigos, y la mayoría de los estudiantes de la secundaria Withman ya creía que yo era rara.

Eso era más deprimente cada día que pasaba. Fuera de un breve lapso de popularidad durante la escuela hacía algún tiempo, una vez más me conocían como la mejor amiga de Gideon Belmonte.

Sin embargo, la capacidad de Gideon de agradar a la gente no le había servido de mucho. La chica que, según él, era su alma gemela, era la misma para la que él no existía: Brooke Oliver, una muñeca rubia, preciosa. Hubiese jurado

que las hacían parecidas a las personas reales, pero con ella habían alcanzado la perfección.

—¿Estás prestando atención?

Levanté la vista. Nos habíamos detenido en el estacionamiento de la escuela, y Gideon me miraba con el ceño fruncido. El predio estaba vacío excepto por unos pocos rezagados y dos varones que se pasaban cigarrillos a hurtadillas detrás de los automóviles. En el aire matinal, se asomaban unas volutas de humo.

—¿Qué? Disculpa.

—Audrey la zombi vuelve al ataque.

Me toqué el cabello. Seguía recogido, pero el calor pegajoso me había encrespado las ondas.

—No es tan grave. ¿Qué decías?

—El viernes, ¿en Sequía & Diluvio? Tink dijo que no estabas segura, porque querías conseguir la cabaña.

—Ah. Sí, allí estaré. No creo que mamá cambie de opinión.

Sequía & Diluvio era una discoteca del centro que todos los viernes permitía el ingreso de menores, servía gaseosa aguada y buenos aperitivos, y pasaba música no tan buena. Yo no era una gran bailarina, pero, si estaba bastante oscuro y repleto de gente, no importaba tanto.

—Y dijo algo de hablar contigo durante la hora de asesoría.

—Que ya nos perdimos —comenté mientras Gideon estacionaba el automóvil—. Deberías dejar que condujera yo.

—De acuerdo. Cuando tengas automóvil o, al menos, licencia de conducir.

—Doblar en reversa es una destreza inventada —repliqué—. No debería incluirse en el examen.

—No te sientas mal. No cualquiera reprueba el examen de conducir tres veces. Eso sí que es talento. —Gideon terminó de estacionar el automóvil. El motor repiqueteó, traqueteó y gorjeó un momento, y él acarició el tablero con ternura.

—Por lo menos no conduzco como si tuviera noventa años —repuse de inmediato, sin darle tiempo a que respondiera.

Mientras nos apresuramos para llegar al salón, miré el reloj. Estaba empezando la primera clase: Introducción al Cálculo, con el señor Álvarez. Suspiré.

El señor Álvarez no tenía fama de comprensivo y siempre olía a tiza, dos cosas que lo ubicaban muy abajo en mi lista de personas favoritas. Y aunque tenía apenas un poco más de veinte años —era el profesor más joven del equipo—, parecía que no se acordaba mucho de lo que era asistir a la escuela secundaria. Le encantaba destruirles la autoestima a los estudiantes y dar muchísimas tareas para el hogar.

Así que no me sorprendió que, cuando entré al salón intentando escabullirme en silencio hasta mi banco en el fondo, me haya mirado y dicho:

—Qué bueno que decidió acompañarnos, Whitticomb. Si no le molesta, háganos el favor de resolver los problemas del pizarrón.

Hice una mueca y caminé hasta el frente. Todavía estaba inquieta por el sueño que había tenido, y los números que tenía frente a mí se desdibujaban en una serie de guiones y curvas que no formaban ningún tipo de patrón. Tal vez

no fuera el fin del mundo, pero se parecía a una pesadilla lo suficiente como para que mirara hacia abajo y me asegurara de estar vestida.

—¿Whitticomb?

—Estoy pensando —mascullé.

Ni siquiera me dio satisfacción el hecho de que el señor Álvarez se hubiese manchado el pantalón oscuro con tiza.

